

Magnolias para Andrea

Mencía Yano



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#magnoliasparaandrea

Colección: Tombooktu Erótica
www.erotica.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Magnolias para Andrea*
Autor: © Mencía Yano

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid)
Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2014 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-40-6
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-599-2
ISBN Digital: 978-84-9967-600-5
Fecha de publicación: Marzo 2014

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-1447-2014

A mi marido, por facilitarme la vida
y estar siempre para todo.

PRÓLOGO



Andrea se pasó el resto de la tarde en casa, recogiendo la habitación en la que había dormido Javier y poniendo lavadoras. Luego se puso a cocinar, solía hacerlo cuando pasaba algo que la angustiaba; cocinar la mantenía ocupada y alejaba sus pensamientos de la realidad en la que tendría que vivir a partir de ahora. Se sentía sola, triste y con una sensación de abandono que le hacía sentir ganas de dejarlo todo y volver a casa con sus padres. Pero tendría que ser fuerte, no podía dejar el trabajo ahora que tanta gente mataría por tener uno.

Guisó un osobuco que había comprado Pablo el viernes por la mañana, hizo también una menestra para acompañarlo y de poste unas rosquillas, estuvo realmente ocupada en la cocina pero era un auténtico lujo cocinar allí. De todo aquello no probó bocado, se le había cerrado el estómago. «Bueno —pensó—, la comida de mañana está hecha, y si Pablo llega muy tarde y con hambre, podrá cenar».

Eran las once de la noche, se puso el pijama de pingüinos que le había comprado su abuela y se metió en la cama. La tristeza la invadió al mismo tiempo que la oscuridad y la soledad; de repente, las lágrimas se abrieron paso y ya no pudo parar de llorar. Estaba literalmente sumergida en la cama y en el llanto, así que no oyó que entraban en casa, ni se dio cuenta cuando se abrió la puerta de la habitación hasta que notó como se metía alguien en su cama. No le dio tiempo a darse la vuelta, ni siquiera a gritar, porque enseguida sintió el abrazo y un susurro en su oído:

—Chssss... No llores más, Andrea, no podré dormir oyéndote llorar toda la noche.

Ella se dio la vuelta y se abrazó a Pablo llorando contra su pecho y diciéndole:

—He cocinado toda la tarde, hasta he hecho rosquillas, pero cuando me he metido en la cama ya no pude más. Creo que necesitaba llorar, siento haberte molestado.

—No me has molestado, acabo de llegar y al pasar por delante de tu habitación te he sentido.

—No deberías estar en mi cama, ahora mismo no soy la chica ideal para pasar una noche de placer y desenfreno, lo siento.

—Si quisiera eso, ten por seguro que lo tendría. Lo único que quiero es que hables conmigo, me cuentes lo que te pasa y me dejes estar a tu lado y en tu vida.

—Pablo, no sé cómo voy a pagarte todo lo que estás haciendo por mí, me traes a vivir a tu fabulosa casa, me facilitas la vida en una ciudad que no conozco y por si no fuera bastante, me consuelas.

—Tú me preguntaste si me interesaba compartir piso contigo, yo acepté encantado.

—Pero no sabía que vivías así. ¿Crees que con mi sueldo voy a poder pagar el tipo de gastos que debe ocasionar vivir aquí?

—Lo que está claro es que una cama es el sitio ideal para tener una conversación sobre economía doméstica.

—¡Pablo, mira que eres...!

—¿Qué pasa? Mira qué a gustito estamos, tú con tu pijama de... —la destapa para mirar— ¿de pingüinos? Me gusta, y yo con un pantalón vaquero y una camiseta. Creo que debería desnudarme.

—En serio, Pablo, no quiero ser un estorbo y tampoco me gusta la idea de vivir en tu casa de gorra.

—Bueno, bueno, me parece que sí, que vamos a tener esa conversación. Pero como tú no has cenado y yo tampoco, y has cocinado un osobuco riquísimo, nos vamos a levantar y cenaremos. Déjate ese pijama que yo me pondré el mío de hormigas, abriré una botella de vino y disfrutaremos de esos manjares que has preparado. ¿Te parece?

—No tengo hambre, pero te acompañaré.

—¡Vas a tener que cenar! No me gusta comer solo y, además, necesitarás fuerza para discutir los acuerdos a los que lleguemos.

Lo único que no es discutible es la cena, no voy a permitir que enfermes mientras vivas conmigo.

—¿Tenemos que discutir todo eso hoy?

—Desde luego, cuanto antes mejor.

Se levantó y fue a su habitación. Cuando volvió, Andrea estaba en la cocina poniendo la mesa para los dos. Él se había puesto un pijama de algodón, de pantalón corto, azul oscuro, que dejaba a la vista sus musculosas piernas. Seguramente se machacaba en el gimnasio, la camiseta era blanca, también de manga corta y efectivamente con hormigas. Hizo como que no se daba cuenta de la mirada lasciva de Andrea y le dijo:

—¡No, aquí no, cenaremos en el salón!

Buscó en el mueble un mantel de hilo blanco bordado a mano, o eso le pareció a Andrea, y lo extendió en la mesa del salón. Luego cogió platos de una vajilla de Sargadelos que guardaba en el aparador, así como unas copas de bohemia de talla exquisita. Por supuesto, la cubertería iba en la misma línea, tenía un delgado filo de oro y unas iniciales grabadas: P. A. —Pablo Andrade—, Andrea no salía de su asombro. Se estaba dando cuenta de que el Pablo que ella conoció en el instituto poco tenía que ver con este hombre guapísimo, seguro de sí mismo, de gusto exquisito, pero a la vez sencillo y cariñoso.

Se sintió un poco abrumada, tenía la sensación de estar fuera de lugar. Pablo se dio cuenta, se acercó a ella, le cogió la cara entre sus manos y la hizo mirarlo a los ojos:

—Soy yo, Andrea, el Pablo que tú conoces desde siempre. El que estaba enamorado de ti en el instituto. Todo esto no es nada, son sólo cosas que se pueden adquirir con dinero, pero que si no tienes con quien compartirlas, no valen nada.

Le dio un fugaz beso en la boca y la soltó. Ella tardó unos segundos en reaccionar mientras él seguía colocando la mesa y la miraba de reojo para observar su reacción. No quería asustarla, pero no pudo resistirse a besar aquellos labios todavía un poco hinchados por el llanto. A Andrea le subió el rubor a las mejillas pero enseguida reaccionó y se fue hacia la cocina.

—Voy a calentar el osobuco y la menestra, y ya que has puesto la mesa de lujo, tráeme dos fuentes de esa maravillosa vajilla de Sargadelos que tienes.

Él sonrió e hizo lo que ella le había pedido. Cuando todo estuvo preparado se sentaron a la mesa en la que, además, Pablo había encendido una vela. Ella le servía mientras él la miraba con un placer que trataba de ocultar.

—No sé cómo me habrá salido, prueba y dime...

—¡Mmm! Está exquisito, no podía imaginar una mejor manera de estrenar todo esto.

—¿Quieres decir que tienes todo esto y nunca lo has usado?

—Verás, Andrea, me gusta vivir así, y aquí, en el puñetero centro de Madrid, en donde no necesitas coger el coche para nada, está todo aquí mismo. Y me gusta todo esto, porque rodearme de cosas bellas da sentido a todo el dinero que gano. Pero reconozco que aunque me satisface mucho vivir rodeado de lujo, nunca es suficiente, ni llega a llenarme del todo, porque no tengo con quien compartirlo.

—Pero tienes a tu familia.

—Sí, pero ellos tienen sus vidas. Mis padres viven en Orense con una jubilación cómoda tan contentos, mi hermana Carolina da clase en un instituto de Lugo y allí está con su pareja; y Jacobo, el pequeño, está trabajando con una ONG en Sudamérica, con lo que no me libro de colaborar constantemente. Cada poco me sablea, pero no me importa, me siento bien ayudando a los que tienen menos que yo.

»Así que ya ves, tengo a mi familia, pero cada uno tiene su vida. Ellos están felices de ver «lo bien que me va» y, no me quejo, no te equivoques, pero estoy bastante solo.

—¿Y nunca has tenido una novia?

—He salido con muchas mujeres, más de las que puedo recordar, y no creas que quiero presumir de donjuán pero nunca me enamoré de ninguna de ellas, si es a eso a lo que te refieres. Nunca he traído a ninguna mujer a esta casa.

—Entonces, cuando te enrollas con alguna, nada de en tu casa o en la mía, directamente es en casa de ella.

—Bueno, también están los hoteles.

—Ya...

—Pero bueno, no es esto de lo que teníamos que hablar, y come, que no estás comiendo nada.

—¿Te gusta? La comida, digo.

—Está buenísimo, no sabía que eras tan buena cocinera.

—Sabes muy poco de mí, lo mismo me pasa a mí contigo, somos unos auténticos desconocidos.

—Mejor, así podemos empezar de cero. Y lo vamos a hacer, pero antes déjame decirte lo feliz que soy de poder disfrutar de todo esto contigo. Una cena exquisita y ¡vestidos con traje de noche...! Ahora mismo, Andrea, soy feliz.

—Siento ser una aguafiestas, ya que hoy precisamente no estoy en mi mejor momento.

—Lo sé y lo siento, pero háblame de ti, te toca.

—No hay nada maravilloso en mi vida.

—Porque lo maravilloso de tu vida eres tú misma.

—Gracias, Pablo, tú sí que vales. Pues eso, que no hay nada especial que contar. Me fui a estudiar a Salamanca porque me enamoré de Javier y queríamos estar juntos. Nos quisimos muchísimo, y lo pasamos bien. Pero desde que volvimos a Orense, hace dos años más o menos, no sé, era como si fuésemos un matrimonio de esos que llevan toda la vida, o mejor aún, como dos hermanos. Nos faltaba pasión, tenía razón Javier cuando me dijo que si lo nuestro hubiera estado bien, jamás le habría pasado lo que le pasó, y creo que tiene razón. Cuando me ha entrado la llorera en la cama, no era por haber perdido a Javier, sino por lo que esa pérdida significa.

—¿Y qué significa?

—Pues no sé cómo decirte... De pronto tengo que empezar una nueva vida, en una ciudad nueva, rodeada de muchísima gente nueva y a pesar de eso me siento sola, porque no conozco a nadie. Incluso tú eres una persona nueva, porque ya no eres aquel amigo de la niñez. Es como volver a empezar desde cero, y me causa tristeza lo que queda atrás. Ya sabes, como decimos en nuestra tierra: «Teño morriña».

—Eso le pasa a todo el mundo. Cuando me vine a Madrid tuve esa misma sensación pero agravada por el hecho de que estaba perdidamente enamorado de ti, y tú ni siquiera sabías que existía.

—Eso que estás diciendo me hace sentir fatal y muy culpable.

—No te sientas culpable, fue bueno para mí. Aprendí a vivir con el desarraigo y sin amor, pero me refugié en el trabajo y, ya ves, «no hay mal que por bien no venga». Pero quizá, y

escucha bien, sólo quizá, ha llegado nuestro momento, el tuyo y el mío. ¿Qué te parece?

—No sé lo que quieres de mí.

—Sí lo sabes...

—Vale, lo sé, pero este no es el momento ideal. Acabo de salir de una ruptura sentimental y no tengo el ánimo para involucrarme en otra, tampoco sería justo para ti.

—No tengo prisa, no me voy a ir a ningún sitio y no dejaré que te vayas.

—Y tendremos que arreglar lo de los gastos, no quiero vivir a cuenta tuya.

—Vamos a ver, Andrea, la casa es de mi propiedad, no voy a cobrarte nada por vivir en ella, tenerte cerca es el mejor pago.

—Pero las cosas no funcionan así... pagaré entonces la luz y la calefacción a medias, ¿qué te parece?

—No, tú te encargas de comprar la comida y de cocinar cuando tengas tiempo y, cuando no puedas, cocinaré yo.

—Vale, yo compro la comida y cocino. Me gusta cocinar y me distrae y, por cierto, el tremendo ordenador que has puesto en la habitación en la que duermo, ¿te lo llevarás, no?

—Perdona, no es «la habitación en la que duermes», es tu habitación. Y ¿a dónde quieres que me lleve el imac? Lo he traído para ti.

—Por dios, Pablo, que para mandar cuatro mensajes o mirar el Facebook me llega con mi portátil.

—Tú misma, si no lo quieres usar no lo uses. Todo lo demás que vaya surgiendo con la convivencia lo iremos resolviendo en su momento. Sólo quiero que me prometas que cuando algo te disguste, cuando alguna cosa que yo haga te moleste, me lo digas, es muy importante ser sinceros, si no nuestra relación se deteriorará y, créeme, Andrea, ahora no quiero perderte.

—No puedes perderme, Pablo, porque no me tienes.

—Vale, gracias por recordármelo.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé.

Se levantó y fue hacia la nevera, de la que sacó una botella de cava, cogió dos copas, le dio una a ella y dejó la suya encima de la mesa mientras descorchaba la botella.

—Menos mal que esta semana trabajaré de tardes, si no mañana no sé cómo iba a poder mantenerme en pie y despejada ocho horas seguidas...

—No es para tanto, sólo es la una de la mañana, y después del rioja que nos hemos metido y ahora con el cava, te aseguro que vas a dormir muy bien.

—No lo dudo, me estoy pillando una buena castaña, podrías incluso engatusarme, me dejaría.

—La idea me atrae, pero me gustaría más que cuando te acostaras conmigo, lo hicieras por tu propia voluntad, sin que nada ni nadie enturbiase tu juicio.

—Esta conversación y el alcohol nos van a llevar por derroteros insospechados...

—No son insospechados, pero te aseguro que no voy a dejar que pase nada que tú no quieras que pase.

—¿Sabes lo mejor de vivir contigo?

—Esto me va a gustar, ¡dímelo!

—Lo segura que me siento. Tengo la sensación de que a tu lado no me va a pasar nada malo, vas a conseguir que te necesite junto a mí.

—Bien, ¡es justo lo que quiero! Aunque puedo resultar peligroso... Pero te voy a cuidar, sólo tienes que dejarme hacerlo. Que estés aquí conmigo es lo mejor que me ha pasado y llega en el mejor momento.

A estas alturas de la conversación, Andrea se sentía totalmente abrumada.

—Creo que me iré a la cama, es muy tarde.

—Vale, te acompaño. Estaré un rato contigo mientras te duermes, no quiero que te dé por llorar otra vez.

—Vale, me gustará acurrucarme en tus brazos. Pero no tienes por qué hacerlo, te aseguro que estoy bien y no voy a llorar más.

—Ya sé que no tengo por qué hacerlo, lo hago porque me gusta y porque tenerte entre mis brazos va a ser un auténtico placer.

—Tendríamos que recoger esto primero.

—Mañana vendrá Lola, no me acordé de decírtelo. Viene a limpiar los lunes, miércoles y viernes. Si necesitas que te haga algo, se lo pides.

—Madre mía, esto es demasiado. Puedo hacerlo yo, no necesitamos a nadie.

—¿Y qué quieres, engrosar la lista del paro enviando allí a Lola? No te preocupes por eso, yo la necesito, no tengo tiempo ni ganas de ocuparme de la casa y no lo vas a hacer tú. Deja de darle vueltas y vamos a dormir.

Andrea fue hacia la habitación, entró en su baño, se lavó los dientes y cuando se metió en la cama la esperaban los brazos de Pablo, que la colocó con la espalda de ella pegada a su torso y la abrazó desde atrás. Ella sintió como él inspiraba en su nuca y murmuraba:

—¡Mmmm, qué bien hueles, Andrea! —Ella se dejaba querer. Notó que Pablo se apartaba un poco y enseguida comprendió que no podía disimular su erección, pero se apretó contra él incitándolo.

—No hagas eso, voy a pensar que quieres algo más que un abrazo de amigo.

—Quizá necesite algo más, hace tiempo que no tengo «algo más».

—¡Dios, no me digas eso! ¿Eres consciente de lo que estás haciendo?

—Creo que sí...

—No, lo que me parece es que has bebido un poco más de la cuenta. No quiero que mañana te arrepientas de lo que hagamos hoy, y te juro que me cuesta un mundo no dejarme llevar por el deseo que siento por ti. Así que duérmete y cuando realmente estemos seguros de esto, te juro que será memorable.

—Gracias, Pablo, eres lo mejor que me ha pasado. Voy a quererte muchísimo.

Él la abrazó fuerte y le susurró:

—No sabes cuánto me gusta eso.

1



Pablo se levantó temprano, tenía que trabajar y le gustaba hacerlo al amanecer, aunque le costó separarse de Andrea. Se había quedado dormido a su lado y era consciente de que de momento no habría más excusas para dormir con ella.

Estuvo bastante ocupado gran parte de la mañana, quería haber terminado con el trabajo para cuando Andrea se levantara. Eran las nueve cuando llegó Lola. Fue a saludarla y a decirle que no hiciese mucho ruido, Andrea necesitaba dormir, se habían acostado tarde y trabajaba de tres a diez. Le pidió también que les preparase algo de comer.

Volvió a su ordenador, necesitaba terminar lo que estaba haciendo y a las diez de la mañana tenía que asistir a una videoconferencia. Finalmente, contestó un montón de correos y dio por terminado el trabajo de esa mañana.

Lola le dijo que necesitaba algunas cosas del supermercado y le hizo una lista para la compra. Iría después, cuando Andrea se marchase a trabajar, además quería que ella revisase la lista, eso la ayudaría a integrarse en su nueva vida. Luego la acercaría hasta la clínica y se iría al supermercado.

No podía olvidar la entrevista con el propietario de las oficinas que quería alquilar en la planta trece de Torre de Madrid. Desde que Nathan había aceptado su propuesta, estaba inquieto, nervioso, necesitaba ultimar ese asunto cuanto antes. Tendrían que contratar a alguien más, aunque eso ya lo hablaría con Nathan cuando este llegara. Lo prioritario desde

luego era conseguir lo de la planta trece. Quedarse en Torre de Madrid era lo más cómodo.

—Lola, bajo un momento. Si se levanta Andrea, dile que vuelvo enseguida.

—No se preocupe, la atenderé bien.

A Lola no le pasó desapercibido que era la primera vez que Pablo tenía una mujer en casa, a excepción de cuando vino su hermana con unas amigas. Sentía curiosidad por Andrea, ¿sería su novia? Nunca le había hablado de ella. Bueno tampoco tenía por qué hacerlo, ella era sólo la mujer de la limpieza y aunque llevaba mucho tiempo trabajando para él, no dejaba de ser su «jefe».

—¡Buenos días! Usted debe de ser Lola, ¿verdad?

—Sí, y usted la señorita Andrea. Espero no haberla despertado, ya me ha dicho el señor que trabajaba usted por la tarde. También me dijo que les preparase algo de comer.

—Por favor, no me llame señorita. ¿Andrea sólo, vale?

—No sé si al señor Pablo le parecerá bien.

—Yo tampoco, pero no se lo vamos a preguntar. Usted me llama Andrea y yo la llamo Lola y ¿dónde está Pablo?

—Ha ido a hacer alguna gestión, dijo que enseguida volvería.

—Bien, pues me voy a duchar y luego la ayudo con la comida.

Desde luego, vivir con Pablo era todo un lujo. Por tener, hasta tenían cocinera cuando les hacía falta. Se duchó, se secó el pelo y lo alisó bien con la plancha. Había arreglado el corte antes de fin de año, pero aun así lo tenía bastante largo, lo mejor era que todavía conservaba su rubio natural sin necesidad de tinte. Luego se puso una suave capa de maquillaje, pintó la raya del ojo en verde haciendo juego con el color de sus ojos. Dio un ligero toque de sombra verde oscuro en el párpado superior, un poco de rímel en las pestañas y un rosa suave en los labios. No necesitaba mucho para mejorar su aspecto, la naturaleza se había portado bien con ella. Estaba monísima, ahora se pondría el pantalón negro con el jersey verde de cuello vuelto y listo. «Hacía ya tiempo que no me esmeraba tanto al arreglarme, Pablo se dará cuenta —pensó—; bueno, pues mejor, en el fondo me arreglo para él o ¿a quién quiero engañar?».

Salió del baño y cuando entró en su habitación, se encontró con todo ya recogido.

—Señorita Andrea, si tiene ropa para lavar, voy a poner una lavadora.

—Por favor, Lola, si me sigue llamando señorita Andrea yo la llamaré a usted señora Lola.

—¡Ay, por dios! No se enfade, es la costumbre.

Estaban con esta pequeña discusión cuando entró Pablo, se fue hacia Andrea y la besó en la mejilla.

—¡Buenos días, dormilona! Estás guapísima, ¿así es como vas a trabajar?

—¿Qué pasa, voy mal? Allí me pongo la bata, los zuecos y punto.

—Vas estupenda, se enamorarán de ti hasta los pacientes.

—Pablo, eres único levantando la moral.

—Tiene razón el señor, está usted guapísima señori... perdón, Andrea.

Andrea se quedó un momento pensativa y se dirigió a él.

—Pablo, dile a Lola que deje eso de señorita y señor, ¡por dios! Parece que estemos en la época de la carracuca. Por el nombre y de usted es suficientemente respetuoso.

—A ver si lo consigues tú, yo ya he desistido y no veas lo que he luchado. Cada vez que me llama señor, me parece que va a entrar el rey por la puerta.

—¿Lo está oyendo, Lola? ¡Con la falta que me hace una figura materna! No la voy a poder considerar de esa forma si me llama señorita.

—Está bien, lo intentaré. Ahora vengan a comer, les he preparado una sopa de verduras y unos filetes con patatas, y tienen restos de ayer, ¿quieren que se los caliente?

—Sí, por favor, ese osobuco que preparó Andrea está buenísimo —aseguró Pablo.

—Coma usted también antes de marcharse, Lola.

—Lo haré, Andrea, no se preocupe.

Andrea y Pablo se sentaron en el comedor, ella sirvió y comenzaron a comer en silencio, hasta que Pablo le volvió a decir lo guapa que estaba.

—Estoy como siempre, sólo me he arreglado un poco para ir a trabajar, hay que ir con buen aspecto, ¿no crees?

—Envidia me dan tus compañeros de trabajo, pueden disfrutar de unas vistas maravillosas además de trabajar. Y yo aquí solo...

—Bueno, tiene sus ventajas, puedes trabajar en pijama y zapatillas, y no tienes que discutir con nadie.

—Pues eso se va a terminar, creo que la empresa necesita expandirse y montaremos unas oficinas aquí, en Madrid, y aunque yo tengo libertad en cuanto a mi ubicación, va a ser mejor trabajar allí.

—Espero que eso no se deba a que yo esté viviendo en tu casa.

—Mira, Andrea, tengo libertad para trabajar en mi casa, pero hemos crecido demasiado y no puedo llevar todos los asuntos yo solo. Esta ha sido una decisión muy meditada, y aunque está todo por hacer, estoy en ello. Gestionarlo me llevará su tiempo, pero todo se andará. Ya te iré contando cómo va todo, bueno tampoco quisiera aburrirte con mi trabajo.

—No me aburres y me alegra que todo te vaya tan bien. ¿Esto también quiere decir que no tendrás que viajar tanto, no?

—Verás, soy... como te diría... la cabeza visible de la empresa en Europa y esto me lleva a ir de aquí para allá. Quizá pueda delegar alguna que otra vez, pero no será fácil. Aunque parezca incómodo, siempre me ha encantado viajar por el mundo, además como ya te imaginas, me compensa muchísimo.

Miró el reloj y se levantó para recoger los platos.

—Andrea, por favor, siéntese, eso ya lo haré yo —dijo Lola—, ¿quieren que les traiga un café?

—¡Ay, sí, por favor!

—Yo también quiero uno, Lola —dijo Pablo.

La asistente recogió y se fue hacia la cocina.

—Me tomaré el café y me iré a trabajar.

—Te acerco, ya que voy al supermercado.

—Quedamos en que la compra la haría yo.

—Pero hoy había que ir sí o sí, y como tú trabajas, pues voy yo, que no me pasa nada por hacer la compra. Eso sí, debes revisar la lista y añadir o quitar lo que te parezca. Esta noche prepararé una cenita rica. ¿A qué hora sales?

—A las diez.

—Iré a recogerte.

—Pablo, de verdad, no tienes que...

—Lo sé, pero me gusta hacerlo. Cuando viaje ya no podré.

—¿Te vas a marchar?

—Posiblemente la semana que viene tendré que ir a Londres, la siguiente a Abu Dabi y después a Noruega y Finlandia. Y entre medias, me pasaré a ver qué tal sigue mi compañera de piso.

—Si no trabajaras te invitaría a venir conmigo.

—Y quizá fuera encantada, pero los pobres tenemos que trabajar.

—Quería pedirte algo..., pero ya lo hablaremos esta noche...

—Sabes que si está en mi mano no hay ningún problema.

—Esta noche hablaremos de ello.

Andrea se levantó mirando el reloj y dijo:

—Pablo si vas a acompañarme date prisa o llegaré tarde.

Bajaron en el amplio ascensor hasta el garaje. Él le pasó la nota del supermercado para que le echase un vistazo.

—Pablo, yo prefiero leche semidesnatada y los yogures también, naturales y azucarados, la marca me da igual, trae también agua embotellada y... déjame un boli, te lo apuntaré.

—Vale, leche semi y los yogures también, pero naturales. Nunca me fijo en eso, cojo los que están más a mano y punto, pero no te preocupes, lo haré bien.

Cuando llegaron a la clínica, Pablo aparcó en doble fila para dejar a Andrea en la puerta. Ella se volvió para mirarlo, se acercó para darle un beso en la mejilla, pero él se movió y le dio el beso en los labios. Andrea se ruborizó y se disculpó:

—Perdona, no pretendía eso.

—Lo sé, fue culpa mía, pero me ha encantado, ¿lo sabes, verdad?

—Mira que eres... Me voy o llegaré tarde, ¡hasta la noche!

—Vendré a recogerte.

—No hace falta, pero si te empeñas no discutiré contigo por eso.

Se sentía verdaderamente feliz de tener a Andrea en su casa, pero debía tener cuidado y no presionarla. Ella tenía que superar su historia con Javier y él debía respetar ese duelo, de lo contrario podría irse todo al traste y no era eso lo que quería. Tendría que ir despacio, haciéndose querer poco a poco. Si no tuviera que viajar tanto sería más fácil. Estar tanto tiempo fuera, de un lado para otro, lo complicaba bastante.

Hizo la compra fijándose bien en los productos que ella le había pedido. Compró dos lubinas que prepararía a la sal en el horno, tal como lo hacía su madre. Seguro que a Andrea le gustaban. Pondría unos entrantes de endibia rellena con palitos de mar y aguacate en salsa rosa y un paté de Jabugo exquisito. Se dirigió luego a la sección de vinos y escogió un Godello Guitián, uno de los grandes blancos de la península. Según la cata, tenía aromas de melocotón y manzana envueltos en una sensación final grasa, desde luego ideal para la lubina. Escogió también un mencía Casal Novo para los entrantes. Siempre había pensado que el mencía de Valdeorras era uno de los mejores tintos de Galicia. Llevaría también un cava Agustí Torelló Kripta Gran Reserva. Uno de los grandes cavas, para su gusto. Este además venía en una singular botella en forma de ánfora.

Seguramente se estaba pasando de la raya con la cena, Andrea iba a sentirse intimidada, aunque él lo hacía para sorprenderla agradablemente y para hacer que se sintiera especial. Quería que supiera que le importaba.

Se entretuvo también en el quiosco mirando revistas de su tema preferido, informática, y se compró un par de ellas. Compró también, pensando en Andrea, la última novedad editorial, de una escritora española, que al parecer estaba arrasando entre el público femenino. Llevaba un circulito rosa en la portada, en el que decía que no era apta para menores de dieciocho, seguramente tendría sexo explícito, tan de moda últimamente. Por lo visto estaba surgiendo todo un boom de libros con temática erótica. Esto le daría pie para hablar de ese tema con Andrea. No era una virginal doncella, había salido cinco años con Javier, pero no sabía con qué clase de prácticas sexuales estaba familiarizada. Lo que él tenía en mente era de todo menos clásico y quería saber cómo respondería ella. Tendría que ir poco a poco y disfrutar primero del típico sexo vainilla, luego ya se vería.

2

Tenía todo preparado en la cocina, a la lubina le quedaban diez minutos. La mesa puesta exquisitamente, con velas y flores, mejor dicho una flor, le costó encontrarla, pero quería una magnolia para Andrea y la tendría.

Quizá ella no recordase aquella tarde de primavera, estaba sola, sentada en un banco de la Alameda, bastante triste, o eso le pareció a él cuando iba camino del pabellón a jugar un partido de baloncesto. La observó un rato y en un arrebato de romanticismo, cogió una flor de un magnolio, se acercó a ella, se sentó a su lado y se la dio. Ella lo miró sorprendida y le ofreció la mejor sonrisa que Pablo había visto en su vida, le dio las gracias y un beso en la mejilla. Él le explicó que iba a entrenar y le preguntó si quería acompañarlo, ella aceptó, así que caminaron uno al lado del otro comentando trivialidades y riendo felices. Ahí fue cuando aceptó sin reservas que estaba enamorado de ella. Claro que Andrea sólo tenía ojos para Javier. Él sólo era un buen amigo en el que apoyarse. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Ocho, quizá diez años, todos habían cambiado, ya no eran adolescentes abrumados por las hormonas, ahora eran adultos a los que después de seguir caminos diferentes, la vida los había colocado de nuevo en la misma ruta.

Pablo quería aprovechar esta nueva oportunidad. No era fácil, pero sabía muy bien que ninguna cosa importante lo era. Tendría que dejarla respirar, hasta que Javier sólo fuera un recuerdo agradable del que pudiera hablar sin sentirse triste.

Por cierto, tenía que dejar de fantasear con el pasado e ir a buscar a Andrea, eran ya las diez menos cuarto. Se puso la cazadora de motero, cogió un casco para Andrea y bajó hasta el garaje. Iría en la Harley Davidson, ¡cómo le gustaba esa moto! Y qué poco tiempo tenía para disfrutar de ella. Planearía un viaje con Andrea, podrían ir a Italia por la Costa Azul, sería un viaje estupendo. Iba pensando esto cuando llegó a la puerta de la clínica en la que trabajaba Andrea. Apagó el motor y la esperó sentado en la moto.

Salía hablando y riendo con otra chica, seguramente una compañera de trabajo. «¡Qué guapa está!», pensó; cada vez le gustaba más.

Le hizo un gesto con la mano, ella frunció el ceño intentando reconocer quién era, su amiga estaba tan estupefacta como ella.

—Andrea, ¿conoces al impresionante tío que hace señales desde esa *supermegamoto*?

—¡Dios mío! Sí, claro, es Pablo, mi compañero de piso. Dijo que vendría a buscarme al salir, pero no pensé que fuera a hacerlo en esa moto, no sabía que la tenía.

—Pero vamos a ver, ¿es tu novio?

—Que no, ya te lo expliqué, es un amigo de toda la vida, con el que comparto piso.

—Bueno, entonces ahora me lo presentarás y como tengo el camino libre lo intentaré, ¿te parece bien?

—Sí, Isa, puedes intentarlo. —Y se echó a reír con ganas mientras se acercaban a Pablo.

Este se bajó de la moto, le cogió la mano y la acercó hacia sí dándole un beso en la mejilla. Ella se sintió rara pero le gustó, a continuación se lo presentó a su compañera.

—Esta es Isabel, Isa para los amigos, una compañera de trabajo.

—Encantado de conocerte, Isa, yo soy Pablo, amigo y compañero de piso de Andrea.

Y antes de que la chica reaccionase, él se acercó a ella y la saludó con un beso en cada mejilla.

—No podemos llevarte, he venido en moto, pero te acompañaremos a donde vayas.

—De ninguna manera, voy en metro como siempre, pero podemos quedar otro día y nos tomamos algo por ahí.

—Hecho —contestó Andrea—. Hasta mañana, Isa, y gracias por todo.

—Chao, pasadlo bien.

Andrea se vuelve hacia Pablo y le mira insistentemente negando con la cabeza.

—¿Qué?

—¿Cómo se te ocurre venir a buscarme en semejante moto? No era bastante con el supercoche en el que me trajiste esta tarde, que ahora vienes con esto —dijo Andrea señalando la Harley.

—«Esto», como tú lo llamas, es una Harley Davidson VRSCDX Night Rot Special, que me compré esta Navidad y que todavía no he podido disfrutar como me gustaría. Y puesto que acaba de empezar la primavera y hace una noche espléndida, he decidido sacarla a dar un paseo y de paso presentártela, no creo que sea ningún delito.

—No, pero has dejado a mi compañera de trabajo alucinada, y si ya creen que soy una especie de niña de papá, ahora no sé qué dirán. Y... ¡vamos!, ya están saliendo los demás y no quiero que me vean aquí y menos subida en este cacharro.

—Hoy no me enfadaré, pero la próxima vez que llares cacharro a mi moto, te quedas en tierra.

Ella le miró, pero como ya se había puesto el casco, no logró saber si hablaba en serio. Le puso el casco que traía para ella y le dio instrucciones de cómo tenía que agarrarse:

—Es muy importante saber ir de paquete, podrías desestabilizarme y nos la pegaríamos.

—Ya he ido de paquete más veces, claro que nunca en una moto como esta.

—Bien, pues agárrate a mí bien fuerte, que allá vamos.

A esas horas ya no había mucho tráfico y le dio una vuelta por el centro de Madrid. Ella se apretaba a él y lo abrazaba por la cintura y a Pablo eso le daba ganas de seguir en moto hasta el infinito. Pero recordó que la cena les estaba esperando, así que tomaron rumbo a casa, guardaron la moto y se dirigieron hacia el ascensor. Iban en silencio. Ella estaba un poco abrumada por las sensaciones que empezaban a surgir en su interior y él pensaba cómo hacer para que la situación no se le fuera de las manos. No quería presionarla, pero tampoco quería que ella pensara que le era indiferente.

«¡Cuánto tarda hoy el ascensor en subir! —pensaba Andrea mientras miraba hacia el panel de botones y contaba mentalmente—: Uno, dos, tres... ¡Dios... hasta el veinticuatro se va a hacer eterno!». Pablo miraba al techo, luego al suelo... los dos con los brazos a lo largo del cuerpo, uno al lado del otro separados por medio centímetro, hasta que Pablo movió su mano como sin querer rozando sus dedos y una descarga eléctrica los recorrió. Ella suspiró y él que ya no podía aguantar más la tensión se volvió hacia ella, y... justo en ese momento se abrió la puerta del ascensor, habían llegado. «¡Por fin!», pensó ella, aunque con un poco de desilusión. Él, sin embargo, agradeció la interrupción, porque la intención era comerle la boca en aquel mismo instante, y eso no hubiera estado bien, ¿o sí?

Cuando entraron en el piso les llegó un agradable aroma a la cena que había preparado Pablo.

—¡Qué bien huele! Ya se me ha abierto el apetito, ¿qué has preparado? —dijo Andrea.

—Es una sorpresa, espero que te guste.

—Me gusta casi todo, así que seguro que sí. Me voy a cambiar y a asear un poco.

—No tardes, esto ya está listo.

Ella se fue hacia su habitación, se desnudó dejándose el tanga y el sujetador y se puso una túnica que le había traído su prima Maite de Marruecos el año anterior, tipo caftán. Era de color verde agua, larga hasta los tobillos y con aberturas laterales que llegaban hasta la mitad del muslo. Se lavó la cara para quitarse los restos de maquillaje y se cepilló el pelo con fuerza para darle un poco de brillo. Cuando estuvo lista, se dirigió hasta el salón donde estaba preparada la mesa en la zona del comedor. Sonaba una canción de Eros Ramazzotti, *Ma che bello questo amore*, ¿la habría puesto a propósito? Y como si hubiese pronunciado la pregunta en alto, le escuchó decir a Pablo:

—No creas que he estado buscando esta canción en concreto para ponerla, ha sido casual, tengo varias canciones de Ramazzotti en el *ipod*, me gusta, y cuando lo he conectado ha sonado esta, pero no está mal, muy apropiada y con ritmo, ¿no crees?

Se acercó a ella, la cogió de la mano, tiró hacia él, le puso la otra mano en la cintura y empezó a bailar con ella al ritmo de la música canturreándole en el oído el estribillo de la canción:

[...] Qué fantástico el amor cuando te prende,
 te tiene a su merced
 y atrapa en una red
 dos almas a la vez.
 Qué fantástico el amor cuando sorprende,
 dispara contra ti,
 dispara contra mí,
 te obliga a ser feliz...

Terminó la canción y él le susurró al oído:

—Vamos a cenar. —Y le dio un beso en la mejilla.

Ella se puso nerviosa, no entendía muy bien por qué, hasta se había ruborizado, así que agachó la cabeza, no quería que Pablo se lo notara. Él la miraba de reojo, observaba todas sus reacciones y se dio cuenta de que no le era indiferente. «Bueno —pensó—, es un buen comienzo». Pero no quería que ella se sintiera presionada, así que le quitó importancia, como si para él todo eso no significase nada y le dijo:

—Ven a ver qué te parece la lubina, voy a romper la costra de sal, aunque quizá sea mejor comer el primer plato antes.

—¿Qué has preparado?

—¡Mira! Endivias rellenas con palitos de cangrejo, aguacate y gambas, con salsa rosa.

—¡Qué buena pinta tienen! ¿Podemos empezar ya?

—Claro, preciosa.

Sirvió los platos y empezaron a comer.

—¡Qué bueno está esto, Pablo! ¿Por qué me dijiste que no sabías cocinar?

—Pues porque no sé, esto es de las poquitas cosas que cocino y como verás no tiene mucha ciencia.

—Lo importante es el cariño con el que se prepara, y esto, me parece a mí que lo has hecho con mucho cariño.

—La verdad es que sí, quería cocinar para ti, igual que el otro día tú lo hiciste para mí. Además, quería sorprenderte, espero haberlo hecho. Y espera a probar la lubina...

Disfrutaron mucho de la cena y de los vinos que había elegido Pablo con tanto acierto. De postre había comprado profiteroles que roció con chocolate caliente que le habían proporcionado en la pastelería en la que los había comprado.

—Qué bueno está todo Pablo, estoy realmente impresionada.

—Bien, porque mañana me voy y quería que la impresión te durara hasta mi vuelta.

—¿A dónde te vas?

—Primero voy a Londres, ahí estaré tres días. Luego volaré a Dubái y estaré también en Abu Dabi, para terminar en Bahrein. Luego vendré a casa, pero vuelvo a irme a Suecia, Noruega y Dinamarca. Ya ves como es mi vida, de aquí para allá todo el tiempo.

Ella sintió una punzada de tristeza, pero tenía que ser así.

—Creo que voy a echarte de menos. No me irás a buscar en tu supercacharro, no me prepararás manjares exquisitos... y, bueno, me encontraré muy sola.

—Lo siento de verdad, preciosa, no creas que no me sabe mal dejarte aquí, pero te garantizo que este es el sitio más seguro en el que estarás.

—No te preocupes, no soy miedosa, es el hecho de sentirme quizá un poco sola. Hasta ahora he vivido siempre acompañada, o con mis padres, o cuando estudiábamos, con Javier, así que se me va a hacer raro no tener nadie con quien hablar.

Pablo se levantó y fue hacia la nevera a buscar el cava, descorchó la botella y llenó la copa de Andrea, luego la suya y le propuso un brindis.

—Por nosotros, para que se cumplan todas nuestras expectativas...

Ella le miró entrecerrando los ojos: «¿Qué quería decir aquello? ¿Cuáles eran sus expectativas?», pensó. Ni siquiera tenía claro cuáles eran las suyas propias, así que... el tiempo lo diría.

—Te has quedado muy callada. ¿Qué pasa, Andrea?

—Nada, estoy bien, es sólo que me ha sorprendido tu brindis.

—No tiene nada de particular, siempre es bueno que se cumplan las expectativas que uno tiene. Cuéntame las tuyas.

—No sabría decirte, estoy en un momento de mi vida en el que no sé muy bien qué quiero. En el que las cosas no tienen mucho sentido.

Él notó un punto de tristeza en su voz, cogió la magnolia y se la ofreció al tiempo que le daba un fugaz beso en los labios.

—Es preciosa, Pablo, no creas que no me había fijado, y estuve pensando ¿por qué una magnolia? Tú no elegirías una flor como esta sin un motivo. Y de pronto recordé una tarde en la alameda en la que estaba un poco triste y abandonada, casi como hoy, sólo que entonces era una adolescente con amores adolescentes y ahora...

—Ahora eres toda una mujer, guapísima, con toda la vida y las posibilidades por delante, y yo me siento inmensamente feliz, porque has recordado aquello que para mí significó tanto. Eso quiere decir que no está todo perdido.

—¡Ay, Pablo, eres genial! Y tienes un punto romántico que me encanta.

—Ninguna mujer que me haya conocido diría eso jamás.

—Entonces es que no te conocen como yo.

—O que quizá tú no me conoces lo suficiente. Espero, de todas formas, que quieras conocerme.

—Por supuesto que sí, es una de mis... ¿cómo has dicho en el brindis, expectativas?

—O sea, que ahora soy una expectativa. Bien, ¿por qué no?

Empezó a sonar *Lela* y se callaron los dos escuchando una de las más hermosas canciones gallegas, cantada por la incomparable voz de Dulce Pontes.

—¡Fermosa canción Pablo, *encántame!*

—*A min encántame tamén. ¡Ven, baila conmigo!*

La abrazó y bailaron envueltos en aquel abrazo que fue calentándolos hasta terminar en un beso en el que ambos se devoraron con el ansia ya desbocada:

Están as nubes chorando
por un amor que morreu.
Están as rúas molladas
de tanto como choveu

Lela, Lela,
Leliña por quem eu morro.
Quero mirarme
nas meniñas dos teus ollos.

Non me deixes
e ten compaixón de min.
Sen ti non podo,
sen ti non podo vivir.

Dame alento cas túas palabras.
Dame celme do teu corazón.
Dame lume cas túas miradas.
Dame vida co teu doce amor.

Lela, Lela,
Leliña por quem eu morro...

—Este soy yo, Andrea, y esto es lo que quiero de ti. Pero no sé si seré lo que tú necesitas. Y antes de seguir me gustaría que lo supieras, por eso y a pesar de que en este momento te deseo como un loco, e incluso tú también me deseas a mí, voy a parar aquí, porque quiero que cuando lo hagamos no tengamos que arrepentirnos. La volvió a besar y se sentó resoplando al mismo tiempo que terminaba la canción.

Andrea se quedó con el corazón latiendo a mil, la necesidad instalada en el fondo de su vientre y bastante frustrada, de manera que le salió el punto cínico y dándole la espalda dijo:

—Me voy a la cama, porque si me quedo te provocaría hasta que me hicieses el amor y ya sé que no es eso lo que quieres.

Él negó con la cabeza:

—No he dicho eso, Andrea, y tienes razón: no me provoques o te follaré aquí mismo y lo lamentaremos los dos. Se dio la vuelta y, enfadado, se dirigió a su habitación.

«¡Qué tonta! —pensó—. ¿Por qué he dicho esta estupidez si sé de sobra que Pablo me desea de verdad? He insultado su inteligencia y quizá sus sentimientos. Tengo que disculparme, pero ahora no es el momento». «¡Qué tonta! —se dijo— ¿Por qué había dicho aquella estupidez si sabía de sobra que Pablo la deseaba de verdad? Había insultado su inteligencia y quizá sus sentimientos, tendría que disculparse pero ahora no era el momento». Se dio la vuelta y se metió en su habitación.

3



Pablo no podía dormir, dándole vueltas a lo que había ocurrido. Con lo bien que había ido todo hasta ese momento. Ir a buscarla al trabajo, el paseo en moto, la cena, e incluso el bailecito del principio. Lo que no tenía que haber ocurrido fue el beso al bailar la canción de *Lela*, pero el vino, el cava y la preciosa melodía los llevó a abrazarse en aquel baile que terminó con ese beso devorador. Él lo había cortado dejándola a medias y ella eso lo había sentido como un rechazo. Pero no era rechazo, era precaución, porque si se hubiera dejado llevar ahora estarían pasando la noche juntos. Sólo con pensar en ello, le daban ganas de ir a su habitación y meterse no en su cama, sino más bien dentro de ella, no había nada que deseara más.

Daba vueltas por la habitación como un león enjaulado, agarraba el pestillo de la puerta y enseguida lo soltaba como si quemara, ¡qué noche estaba pasando! Y lo peor es que se tenía que marchar y en quince días no la volvería a ver.

Eran las seis de la mañana y aunque tenía tiempo de sobra pues su avión no salía hasta las once, se desnudó y se metió en la ducha. Necesitó regarse con agua fría, no podía dejar de pensar en ella y en todo lo que tenía ganas de hacerle.

Ella tampoco durmió, no hacía más que dar vueltas en la cama y reprocharse el absurdo comentario que le había dedicado, después de lo maravilloso que había sido con ella no sólo esa noche, sino todo el tiempo que llevaba viviendo con

él. Tenía que disculparse, pero ¿cuándo? Él se iba y estaría fuera más de quince días. Decidió levantarse, prepararía café, tostadas y zumo. Desayunaría con él y le pediría disculpas. Salió de la habitación y sintió el ruido de la ducha: «¡Qué bien, ya se ha levantado!», pensó. Se metió en la cocina rápidamente, quería sorprenderlo.

Pablo terminó de ducharse y se vistió. Preparó una pequeña maleta, estaba tan acostumbrado a viajar que ya era como un ritual en el que rara vez olvidaba algo. Buscó en el armario una chaqueta de piel, en Londres no haría tan buen tiempo como en Madrid. Pensó también en desayunar pero no quería hacer ruido y tampoco tenía ganas de prepararlo, así que salió al vestíbulo con el equipaje y la chaqueta en la mano, dispuesto a marcharse cuando vio una luz encendida, dejó las cosas en el pasillo y se asomó a la cocina. Ahí estaba ella de espaldas preparando desayuno para dos.

—Buenos días, has madrugado mucho.

Ella se giró rápido, sorprendida.

—La verdad es que no he pegado ojo en toda la noche, necesito disculparme contigo antes de que te vayas, si no van a ser demasiadas noches sin poder dormir.

—Pues ya somos dos. Yo tampoco he dormido, hasta estuve tentado a invadir tu habitación varias veces. No sé cómo he podido contenerme.

—Por lo que sé, sabes contenerte bien, eres capaz de dominar tus impulsos firmemente. Te admiro por ello, aunque ayer eso hizo que me sintiera mal, de ahí mi cínica contestación. Espero que me perdones y que no te hagas una idea equivocada de mí.

Él se fue acercando hacia ella, la cogió de la mano y tiró de ella hasta abrazarla inhalando el olor de su pelo y de toda ella recién levantada, quería gravarlo en su memoria y llevarlo con él.

—¡Mmmm! Andrea, no podía soportar la idea de irme sin que habláramos, no quería que te enfadaras. Fue culpa mía, no tenía que haberte besado ni... nada. No me controlé como hubiera debido hacerlo.

Le decía todo esto mientras la mantenía abrazada y le besaba el pelo. Ella se dejaba querer. Le gustaba mucho este recién

descubierto Pablo, más guapo de lo que recordaba. Así como estaba, abrazada a él, podía notar sus músculos, le daba seguridad, tanto por su físico como por su forma de comportarse. Suspiró y metió su cara en el hueco de su cuello.

—Pablo...

—¿Qué pasa, Andrea? ¿Qué quieres? ¡Dime!

—Me gustaría que no tuvieras que irte... Lo sé, lo sé, las obligaciones del trabajo, pero...

—¡Ay, Andrea! No sabes lo que te haría ahora mismo...

—No te enfades por lo que te voy a decir, porque lo digo de verdad, sin ningún tipo de resentimiento.

—No lo digas...

—Sí, quiero decirlo, necesito decírtelo.

Se puso de puntillas para acercar su boca al oído de Pablo y le susurró muy bajito:

—¡Hazme el amor antes de irte, por favor! Sé lo que piensas, pero te aseguro que no estoy pensando en otro. Ya no, hace tiempo que no, y necesito sentir que todavía puedo ser deseada.

—¿Qué quieres decir con eso de que «todavía puedo ser deseada»? Eres una mujer guapísima y muy deseable, tanto que me da miedo que mientras yo no estoy otros reclamen tu atención. Y me dan ganas de hacerte de todo, de dejarte marcada para que nadie se te acerque. Pero a la vez tengo miedo de precipitarme, de no dejarte espacio suficiente y de que lo que hagamos se vuelva en nuestra contra.

Ella le besó el cuello y siguió susurrándole al oído:

—Hazlo, márcame antes de irte. Somos adultos, aunque no mantengamos una relación podemos hacer lo que nos plazca. A mí me apetece, a ti también. No veo por qué tendríamos que controlarnos. Hagámoslo, Pablo, antes de irte...

Él no pudo ni quiso controlarse más. Le quitó el albornoz, que quedó tirado en la cocina. La cogió en brazos como si fuese una pluma al mismo tiempo que se lanzaba a su boca. Se dirigió a su habitación sin dejar de besarla. Allí la dejó en la cama y sin terminar el beso se fue desnudando. Se separó de su boca a duras penas para terminar de quitarse la ropa. Ella lo miraba nerviosa y expectante, parecía una novata, hasta se sonrojó cuando lo vio desnudo. «Este hombre está impresionante»,

pensó. Por un momento recordó a Javier, también era guapo; pero Pablo no sólo era guapo, sino que además estaba en forma. Tenía esos brazos musculados enormes y un torso en el que se podía estudiar anatomía. Cada músculo estaba cincelado a conciencia. Pero lo que de verdad la impresionó fue su miembro, en pie de guerra. No podía creer que ese tamaño existiese, había visto algo así en alguna revista, pero siempre pensó que era cosa del photoshop. Por lo visto sí existía y ahí lo tenía, todo para ella.

—¿Qué pasa, Andrea? Sabes que no tenemos que hacer nada de esto. Yo tengo muchísimas ganas de ti, pero necesito que tú también las tengas de mí.

—Sí, las tengo, es que... bueno, estoy... impresionada.

Pablo sonrió, se arrodilló en la cama junto a ella y empezó a quitarle el pijama que aún llevaba puesto.

—Deja que me impresione yo también.

—Lo mío no es para tanto, está dentro de los cánones de la normalidad.

—Eso tendré que decirlo yo y... ¡Mmmm, me gusta lo que veo, me gusta mucho!

Le acarició el pecho con las manos pellizcándole los pezones. Ella se sorprendió porque le hizo daño, pero a la vez surgió un pico de placer inesperado cuando al instante le pasó la lengua acariciándolo y chupándolo con adoración.

Seguían de rodillas en la cama, él acariciándola y besándola y ella agarrándose a sus musculosos brazos y respondiendo a sus besos. Entregándose a él sin reservas.

—No sabes lo que haría contigo, Andrea...

—Hazlo, me gustas mucho Pablo, quiero que lo hagas...

—Poco a poco, preciosa, tengo intención de hacer muchas cosas contigo; cosas que quizá nunca hayas hecho y ten por seguro que las haremos.

—Pues ve empezando. ¡Mmmm!

Él recorría su cuerpo con sus besos, lamiéndola por todas partes. Se recreó en el cuello, en los pezones y bajando sin piedad hasta rodear el ombligo para situarse en su monte de Venus. Estaba totalmente depilada y eso le encantaba.

—¿Siempre vas así?

—¿Qué quieres decir?

—Totalmente depilada.

—No, esto me lo hice la semana pasada. Decidí que para mi nueva etapa todo sería nuevo, esto también.

—Me encanta, comértelo va a ser una auténtica delicia.

Y sin esperar más, se sumergió entre aquellos labios sonrosados que desplegó con sus pulgares, mientras le introducía la lengua en la vagina, saboreando su humedad y lamiéndola con delicadeza primero, e intensificando el ritmo a medida que ella pedía más con sus movimientos.

—¿Te gusta, cariño? Dime qué quieres.

—Quiero... ¡Mmmm! Quiero más...

—¿Más qué, Andrea? ¿Quieres correrte así, mientras te follo con la lengua?

—Sí... sí... Pablo, creo que me voy a...

—¡Córrete, preciosa! Ha sido muy rápido, pero tranquila, esto no ha hecho más que empezar.

—Lo siento, no he podido contenerme, y no te he esperado pero déjame hacerte...

—Andrea, te has corrido porque yo he querido. Estabas demasiado excitada para hacerte esperar. Tú relájate, voy a traerte un poco de zumo del que has preparado para desayunar.

Se levantó y se fue a la cocina; ella se quedó mirando su tremenda erección y pensando que eso le tenía que doler pero, sin embargo, no había querido que ella le ayudara a terminar y lo habría hecho con gusto. «Bueno, otra vez será», pensó.

Pablo regresó con la jarra de zumo y un vaso en el que le sirvió un poco, ella bebió y después lo hizo él. Ahora, aunque su miembro seguía duro, no estaba como antes.

Dejó el vaso en la mesilla y se acercó a su boca, le mordió el labio de abajo tirando de él un poco fuerte, luego el de arriba. Le metió la lengua buscando la suya y saboreándola, sabía a naranja y también a ella misma. Lo mismo pensaba ella.

—Me gusta tu sabor Pablo...

—Y a mí me gusta como sabes tú. Todos tus sabores. Me gusta el sabor de esta boca preciosa, de este cuello que al morderlo se hace más dulce. Me gusta el de tus pezones que es distinto al del resto de tu piel. Me gusta lamerte hasta el ombligo, rodearlo y meter la lengua en ese pocito y me gusta

comerte aquí abajo empezando por tu centro rodeándolo y mordiéndolo para luego lamerlo con suavidad y seguir acariciando con la lengua todo tu sexo, hasta aquí atrás, en dónde también tengo ganas de meterme. —Le iba diciendo todo esto y haciéndoselo a la vez, ella estaba tan excitada que sentía como se le abría cada poro de la piel.

—Pablo si sigues así volveré a... ¡Dios! ¿Qué me está pasando?

—Disfruta, Andrea, no te está pasando nada, estamos haciendo el amor.

—Pero ¿qué pasa contigo? ¿Es que tú no te vas a correr?

—No lo dudes. Pero no tengo prisa y me gusta ver como llegas arriba y te deshaces de placer. Y ahora ¡hazlo ya! ¡Vamos, cariño!

Le acariciaba el clítoris con la lengua a la vez que le introducía dos dedos buscando aquel punto mágico que la haría perder el control totalmente.

Ella alcanzó la cima gritando su nombre y él sofocó sus gritos tomándole la boca con un beso que sabía a ellos dos. Todavía no habían cesado los espasmos de su orgasmo cuando él se introdujo en ella, estaba tan mojada que entró sin dificultad y pudo sentir cómo las contracciones del orgasmo lo apretaban y lo engullían. Era algo increíble, jamás había tenido la necesidad apremiante de correrse nada más introducirse dentro de una mujer, pero con Andrea le pasaban cosas para las que iba a tener que prepararse.

Salió de ella para calmarse y volvió a entrar arremetiendo fuerte, mientras con la mano le acariciaba el clítoris intensamente. Quería llevarla otra vez al límite y sentir cómo se deshacía, pero ahora con él.

—¡Vamos, Andrea! Otra vez cariño, te estoy esperando.

Ella se dejó ir de nuevo. Esta vez estallaron los dos a la vez. Pablo notaba cómo lo exprimía con sus espasmos y Andrea cómo el miembro de él le rozaba la cervix y vaciaba en ella su líquido caliente. Gritaron los dos el nombre del otro hasta caer derrumbados.

—¿Estás bien, Andrea?

—Ajá.

—¿No vas a decir nada más?

—Ajá.

—Ya veo.

La acomodó entre sus brazos y la dejó adormecerse. Él también se fue quedando dormido disfrutando de ese calorcito que desprendían ambos y de la laxitud que dejaba en el cuerpo follar de aquella manera, aunque tenía que reconocer que aquello no había sido follar como lo hacía él siempre, aquello había sido muy especial. Esperaba que también lo hubiera sido para ella.

Cuando Andrea se despertó, miró el reloj y se sobresaltó, eran las diez y media, Pablo ya tendría que haber embarcado, y ahí estaba dormido abrazado a ella. Le gustaba lo que había pasado entre ellos, y todavía más tenerlo así, enroscado a su cuerpo con brazos y piernas, tanto que casi no se podía mover. Se giró para tenerlo de frente, lo besó en la boca y lo llamó con suavidad.

—Pablo, cielo, son las diez y media, creo que has perdido tu avión.

—¡Joder, joder...! Llamaré al aeropuerto, tendrán que cambiarme el vuelo. ¡Dios, no puede ser!

—¿Era muy importante salir en ese vuelo?

—No, si hay otro que me permita asistir a una reunión que tengo a las cuatro de la tarde. Lo arreglaré, ¿quieres venir conmigo? Me encantaría.

—Sabes que no puedo, tengo que trabajar, aunque también me encantaría. Quizá en otra ocasión.

—Sí, vete pensando cuándo, porque no me va a gustar nada echarte de menos.

—Pablo, eres genial, ¿te lo había dicho?

—Sí, gracias, pero ya lo sabía.

—No seas chulito.

—No soy chulito, es la realidad, y contra eso no hay nada que hacer.

Cogió el móvil y llamó al aeropuerto, le ofrecían otro vuelo a la una. Lo aceptó, llegaría sin problema a la reunión y aún le daba tiempo a tener una conversación con Andrea. Tenían que tratar algunas cosas.